

CONFERENCIAS MAGISTRALES
TEMAS DE LA DEMOCRACIA

Gilberto Guevara Niebla

Movimiento estudiantil
del 68 y la democracia

32

Gilberto Guevara Niebla

Movimiento estudiantil del 68
y la democracia

Gilberto Guevara Niebla

Movimiento estudiantil del 68
y la democracia

32

Instituto Nacional Electoral

Consejero Presidente

Dr. Lorenzo Córdova Vianello

Consejeras y Consejeros Electorales

Mtra. Norma Irene De la Cruz Magaña

Dr. Uuc-Kib Espadas Ancona

Dra. Adriana Margarita Favela Herrera

Mtro. José Martín Fernando Faz Mora

Dra. Carla Astrid Humphrey Jordan

Dr. Ciro Murayama Rendón

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Dr. José Roberto Ruiz Saldaña

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Secretario Ejecutivo

Lic. Edmundo Jacobo Molina

Titular del Órgano Interno de Control

Lic. Jesús George Zamora

Director Ejecutivo de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

Movimiento estudiantil del 68 y la democracia

Gilberto Guevara Niebla

Primera edición en este formato, 2020

D.R. © 2020, Instituto Nacional Electoral

Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur

Col. Arenal Tepepan, 14610, México, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-8711-78-9

ISBN volumen impreso: 978-607-8772-10-0

ISBN obra completa electrónica: 978-607-8772-55-1

ISBN volumen electrónico: 978-607-8772-86-5

El contenido es responsabilidad del autor y no necesariamente representa el punto de vista del INE

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

Contenido

- 7 Presentación
- 11 Nota introductoria

Conferencia Magistral

Movimiento estudiantil del 68 y la democracia

- 15 Régimen autoritario
- 19 El movimiento estudiantil
- 27 Consecuencias políticas de Tlatelolco
- 29 ¿Cómo procesó la clase política
la experiencia de 1968?
- 31 Reflexiones finales

- 37 Sobre el autor

| **Presentación**

El año 1968 constituye un momento clave en la historia del siglo XX en nuestro país, sin el cual sería imposible entender la realidad nacional actual. Esto es así porque el movimiento estudiantil surgido durante ese año significó un parteaguas entre dos momentos distintos del México moderno, a la vez que fue el punto más álgido de una serie de confrontaciones entre el Estado y diversos grupos de la sociedad organizada, ambos protagonistas de desencuentros a lo largo y ancho del país, desde al menos 20 años atrás.

A cinco décadas de distancia del movimiento del 68, cabe preguntarse de forma crítica, aunque sosegada, qué significó ese año para la vida política de nuestro país y más

* Conferencia magistral dictada en el auditorio del Instituto Nacional Electoral el día 6 de junio de 2018. Parte de este trabajo fue publicado en *Nexos*, núm. 487, México, julio de 2018.

precisamente para la democracia. Si bien los sucesos del 68 han merecido la atención de diversos estudiosos, Gilberto Guevara Niebla –protagonista y especialista a la vez– sobresale como una de las figuras más calificadas para hablar de lo que representa 1968 para la vida política mexicana.

Es por ello que en la presente conferencia magistral, el autor de *1968: Largo camino a la democracia* y *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*, narra de forma clara y sencilla los sucesos marcados por la tensión sociedad-gobierno que culminaron con la noche de Tlatelolco y que constituyeron el inicio de la transformación hacia un México de libertades y pluralista, en el cual progresivamente se fue otorgando voz y representación a sectores sociales hasta entonces relegados. Las exigencias de los movimientos sociales de la década de 1960, entre ellas las incluidas en el pliego petitorio del Consejo Nacional de Huelga de corte esencialmente antiautoritario, fueron un precedente y un impulso para la instauración de la democracia mexicana.

Pasado el trágico desenlace del movimiento estudiantil, un sector considerable de la población mexicana entendió que al país le urgía un cambio en sus modelos de convivencia; no obstante, en los años inmediatos al 68 el

gobierno mantuvo la misma línea dura de represión, tal como lo señala Guevara Niebla, quien vivió en carne propia las consecuencias de haber participado en el movimiento estudiantil. Después de 1968, México aún tuvo que experimentar sucesos turbios y momentos sombríos antes de comenzar su tránsito hacia un modelo político plural, de libertades e incluyente de las distintas voces y necesidades de la ciudadanía.

Si bien la desesperanza sentida por una parte de la población tras las acciones opresivas del 2 de octubre hizo que algunos jóvenes y sectores políticos se radicalizaran y tomaran las armas, la congruencia con los valores democráticos del movimiento estudiantil impulsó a que otros más se dirigieran a exigir un cambio por medios pacíficos y la vía electoral. De esa manera, la inercia democratizadora proveniente de los años sesenta e inicios de la década siguiente fue un factor fundamental para las subsecuentes modificaciones en materia político-electoral que permitieron cambios profundos en la relación entre el Estado y la ciudadanía.

En el presente número de la colección Conferencias Magistrales, el Instituto Nacional Electoral pone en manos del público en general un balance sobre la importancia del movimiento estudiantil de 1968, vigorizado en esta ocasión

por la conmemoración de su quincuagésimo aniversario, esto con el fin de fortalecer la cultura política democrática y rendir un homenaje a sus protagonistas, impulsores y artífices de las instituciones democráticas de nuestro país.

Instituto Nacional Electoral

| **Nota introductoria**

La conferencia magistral estacional de verano que el día de hoy escucharemos se titula “Movimiento estudiantil del 68 y la democracia”. Empezaría recordando lo obvio, este año se conmemora medio siglo de los sucesos de 1968. Establecido esto, vale la pena reflexionar brevemente sobre qué se rememora exactamente este año.

Yo creo que son dos cosas muy distintas las que evocamos: por un lado, celebramos la audacia y la valentía del movimiento estudiantil que se enfrentó a un régimen cerrado y autoritario; un movimiento estudiantil que se atrevió a cuestionar las premisas de ese sistema, que buscó la libertad y la pluralidad en un momento en el que el sistema político mexicano lo que recompensaba era la conformidad. Por el otro, cuando conmemoramos el 68 nos enlutamos por las vidas que se perdieron a manos de la represión del Estado, así como por los muchos jóvenes

encarcelados sin justificación alguna. Recordamos la fatídica noche del 2 de octubre en Tlatelolco y el uso desmedido de la fuerza, recordamos esa noche, que es una herida profunda en nuestra historia. En este sentido, más que una preocupación individual de algunas o algunos de nosotros, estoy convencida de que recordar, que conmemorar ese día, es un deber cívico de todas y todos los mexicanos.

Desde esta institución, y en un año electoral en el que se renuevan tantos cargos –a 24 días de celebrarse la jornada electoral y a 21 días de que concluyan las campañas electorales– me parece pertinente abrir un espacio para repensar la relación entre estos eventos y la democracia en México. Ahora, a 50 años de este movimiento social sin igual en nuestro país, así como de uno de los episodios más trágicos que ha vivido, nos corresponde en el presente reflexionar y mantener viva la llama de la memoria histórica, para que arroje luz sobre los problemas del presente, de modo que no quedemos ciegos a lo que ocurrió en el pasado.

El Instituto Nacional Electoral, que es la casa de la democracia, se honra en hospedar una reflexión que construye memoria histórica sobre el movimiento del 68 y la democracia mexicana. Para ello, hoy tenemos el honor de contar

con el maestro Gilberto Guevara Niebla, justamente para reflexionar sobre estos sucesos y su relación con nuestra democracia.

Alejandra Pamela San Martín Ríos y Valles
Consejera Electoral

Auditorio del Instituto Nacional Electoral
6 de junio de 2018

| Régimen autoritario

Muchas veces cometemos el error de ver el movimiento estudiantil de 1968 como un evento aislado en la historia. Perdemos de vista que, en realidad, fue la culminación de un largo proceso de enfrentamientos del Estado con la sociedad. La represión de Tlatelolco clausuró un largo ciclo de acciones de fuerza contra expresiones autónomas de la sociedad. Entre 1940 y 1968 el Estado reprimió sucesivamente a los obreros de la industria militar (1942), a los estudiantes politécnicos (1942), a los trabajadores ferrocarrileros (1946), a los mineros de Nueva Rosita (1950), de nuevo a los estudiantes politécnicos (1956), a los empleados de telégrafos (1958), a los ferrocarrileros (1959), a los maestros (1959), a una manifestación estudiantil a favor de Cuba (1961), al pueblo de Chilpancingo (1962), a la Universidad de Michoacán (1963), a la Universidad de Chihuahua (1965), a los estudiantes capitalinos que protestaban contra la guerra de Vietnam (1965), a la Universidad de Sonora (1966),

a la Universidad de Michoacán (1966), a la Universidad de Tabasco (1967), etcétera.

En realidad, el Estado de la Revolución mexicana transitó de la era de los caudillos a la era de las instituciones convirtiéndose en un régimen con una amplia base social, pero que era, al mismo tiempo, estatista y autoritario. Este régimen no era totalitario, no estaba cohesionado por una ideología unificada ni escrutaba la vida privada de sus ciudadanos, ni ejercía un reinado de terror como en la Alemania de Hitler o la Unión Soviética de Stalin, no, pero el régimen mexicano perseguía y aplastaba cualquier expresión política independiente y se sustentaba en un partido oficial que poseía una estructura corporativa con pretensiones totalizantes, una estructura que integraba a las masas organizadas del país dentro de sus sectores (campesinos, obreros, clase media, militares, jóvenes, empresarios). Si se le puede comparar con otro, el régimen mexicano evoca en no pocos aspectos al régimen soviético, sobre todo por el peso de la burocracia.

No olvidemos que desde 1940 México conoció un proceso exitoso de industrialización acelerada y que la prosperidad de la economía reclamaba, sobre todo, orden público y control en los sindicatos. Las exigencias de la economía gestaron el autoritarismo. El Estado, además, controlaba

la educación y a través de ella se transmitía a la población nacionalismo, apoliticismo, obediencia a la autoridad y culto a la figura del presidente, como lo demostró Rafael Segovia en su estudio de 1975.¹ En México no había libertades: no había libertad de expresión, no había un solo periódico independiente ni un canal de televisión que escapara al control oficial; tampoco había libertad de organización, todo grupo político fuera de control era perseguido con saña; tampoco libertad de manifestación, todo acto público se sometía a una estricta vigilancia por parte del Estado.

La expresión *derechos humanos* era totalmente ajena al discurso público, lo mismo el término *sociedad civil*. Sin embargo, en los años sesenta la sociedad cambiaba aceleradamente bajo el impacto de la educación, la urbanización y el desarrollo de los medios de comunicación. Para 1968 la televisión nos conectaba con el mundo. Todos estos cambios abrieron grietas en el sistema de control. En las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta, en la sociedad crecieron las expresiones libres, independientes; esto sucedió en el arte, en la pintura, en el cine y en la música. Otro tanto ocurría en la academia. En las universidades

¹ Rafael Segovia, *La politización del niño mexicano*, México, El Colegio de México, 1975.

autónomas prosperaron corrientes ideológicas críticas y doctrinas revolucionarias, como el marxismo. En esta sociedad sin libertad, en la que crecía un malestar soterrado, surgió el movimiento estudiantil de 1968. El estallido del conflicto fue un rayo en cielo sereno.

| El movimiento estudiantil

Importa señalar que entre los jóvenes se había instalado un espíritu de apostasía: se multiplicaban las manifestaciones de irreverencia en el lenguaje, en el *rock and roll*, la música de protesta, la indumentaria estilo “rebelde sin causa” o estilo “pachuco”, el pelo largo, la actitud irreverente y desafiante, etcétera. El poder condenaba esta rebeldía.

En 1968 ser joven era, casi, un delito. No es sólo un dicho. En los barrios se realizaban periódicamente persecuciones (razias) contra las pandillas juveniles y se daban otro tipo de agresiones que traté de documentar en mi libro *1968: Largo camino a la democracia*.² En este contexto de autoritarismo y creciente conciencia crítica estalló el movimiento estudiantil.

² Gilberto Guevara Niebla, *1968: Largo camino a la democracia*, México, Cal y Arena, 2008, p. 243.

El disparador del conflicto fue, como se sabe, un enfrentamiento entre estudiantes y policías que fue seguido de una protesta contra los excesos policiacos y, de manera esencial, contra la intervención inopinada, desproporcionada, torpe e inexplicable del Ejército, que ocupó la preparatoria la noche del 29 de julio.

Desde el inicio los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) reaccionaron en contra de la violencia policiaca y militar; en las escuelas hubo asambleas y se declararon huelgas; por su parte, ante la flagrante violación de la autonomía universitaria, el rector de la UNAM convocó a realizar diversos actos de protesta, el mayor de los cuales fue la vibrante manifestación del 1 de agosto.

Ante estas protestas, las tropas se retiraron de los recintos escolares y se abrió una pausa de libertad. Enseguida, los estudiantes tomaron la iniciativa, se organizaron en el Consejo Nacional de Huelga (CNH), levantaron ante el gobierno un pliego de seis demandas (libertad a presos políticos, derogación del delito de disolución social, destitución de los jefes de la policía, desaparición del cuerpo de granaderos, indemnización a víctimas y deslinde de responsabilidades) y publicaron un manifiesto inicial con este mensaje:

Los últimos días han sido de angustia y tensión para el pueblo de México. La violencia y la agresión asaltaron al IPN y a la UNAM. Esta situación fue desatada por la conducta histérica y absurda de un cuerpo policiaco a todas luces antidemocrático, desprestigiado e irresponsable por sus continuos atropellos a la población, que por lo mismo no inspira ni tiene autoridad moral para imponer orden alguno. Los estudiantes no hemos hecho otra cosa que oponer la razón a la violencia de la cual hemos sido objeto [...] La libertad está cada día más reducida, más limitada y se nos está conduciendo a una pérdida total y absoluta de la libertad de pensar, de opinar, de reunirse y de la libertad de asociarse. Los estudiantes estamos hartos de las calumnias y campañas de mentiras por parte de la gran prensa nacional, la radio y la televisión. Estamos cansados de este clima de opresión. Evidentemente estas situaciones conducen en todos los sentidos a un atraso progresivo del país [...] Queremos subrayar que la razón y la cultura siempre se imponen a la barbarie y a la opresión: Galileo se impuso a la Inquisición y al oscurantismo; Joliot Curie se enfrentó valientemente al régimen fascista; Belisario Domínguez combatió la usurpación y la opresión y nos dio un ejemplo de firmeza y valor civil. Nos consideramos sucesores dignos de la mejor tradición de defensa y desarrollo de la cultura y justicia social y exigimos garantías jurídicas suficientes para todos los participantes en este movimiento.

Desde ese día los estudiantes comenzaron a actuar de manera independiente para que esas demandas fueran satisfechas. Exigieron que la solución al conflicto se diera por medio de un diálogo público. Así nació el movimiento estudiantil.

Enseguida organizaron una serie de manifestaciones pacíficas que reunieron centenas de miles de participantes: el día 5 de agosto marcharon de Zacatenco al Casco de Santo Tomás; el 13, del Casco al Zócalo; y el 27, del Museo Nacional de Antropología al Zócalo. Desde su inicio, el movimiento buscó el apoyo de la sociedad a sus demandas. Fue, en este sentido, un movimiento iluminista: una minoría iluminada convocaba a la sociedad a seguirla. De inmediato la protesta se proyectó hacia afuera de los centros de estudio. Los estudiantes se organizaban en pequeños grupos, brigadas que se lanzaban a la calle a convocar al pueblo para que se uniera a su lucha. "¡Pueblo, únete!", "¡Pueblo, únete!", "¡Pueblo, únete!", fue la consigna más repetida en 1968. Y, ante la sorpresa de todo mundo, el pueblo se unió a los estudiantes. La Ciudad de México experimentó una convulsión insólita, un sismo que acabó con el habitual quietismo de la capital. Fue una sacudida tremenda.

Por todas partes comenzaron a darse expresiones de apoyo a los estudiantes y surgieron espontáneamente comités de

lucha en colonias populares, en oficinas públicas y en los pueblos aledaños a la capital. Mientras tanto, el movimiento estudiantil se expandió por todo el país movilizando a los estudiantes de casi todas las universidades de los estados. Las huelgas universitarias se multiplicaron.

En todos sentidos se puede decir que el movimiento estudiantil de 1968 fue nacional. Éste fue el desarrollo de la lucha estudiantil; en ese lapso las autoridades se abstuvieron de reprimir y observaron, indignadas y perplejas, el desarrollo acelerado de la protesta; pero nunca dieron muestras de querer ceder ante la protesta ni se apresuraron a buscar una solución pacífica y dialogada al conflicto.

Por el contrario, reaccionaron con maniobras con las que intentaron confundir al público: el regente de la ciudad, Alfonso Corona del Rosal, simuló negociar con los estudiantes rebeldes cuando en realidad conversaba con los líderes de una organización estudiantil oficialista, la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET). A principios de agosto el presidente Gustavo Díaz Ordaz hizo otra maniobra política: llamó a "los verdaderos mexicanos" –es decir, las fuerzas del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y del sistema– a apoyarlo para aislar a los pequeños grupos que alteraban el orden, los "mexicanos no verdaderos" o espurios.

Esta última maniobra hizo cerrar filas a las fuerzas del oficialismo alrededor del presidente, pero el movimiento continuó expandiéndose cada vez más hasta amenazar con convertirse en un conflicto político de mayores dimensiones. Ante esta grave amenaza, el gobierno federal puso en práctica una escalada represiva para aplastar la rebeldía. La noche del 27 de agosto, mientras los estudiantes realizaban una guardia en el Zócalo, fueron atacados por tanquetas y vehículos militares, obligados a desalojar la plaza y perseguidos a lo largo de varias calles. El golpe de fuerza fue seguido por un golpe político. La mañana siguiente, el presidente de la República convocó a las fuerzas del régimen a realizar un acto multitudinario que fue un intento, el único, que el Estado llevó a cabo para demostrar su fuerza política y aislar con ello a los estudiantes.

La concentración oficial se realizó en el Zócalo, pero a la mitad de su desarrollo una serie de incidentes determinaron que el acto cambiara su signo político y se convirtiera también en un acto de protesta contra las autoridades. Entonces el Ejército reapareció, las tanquetas volvieron al Zócalo, ahora para disolver el supuesto acto oficialista. Esta humillante derrota o autoderrota del poder público tal vez decidió el destino de la protesta estudiantil. Ese día se inició propiamente la escalada represiva.

Las calles comenzaron a ser patrulladas por tropas, hubo provocaciones, se lanzaron rumores que trastocaron el orden de la ciudad –por ejemplo, que la gasolina se iba a acabar– y se inició la persecución de las brigadas estudiantiles. En su informe anual, el presidente lanzó una feroz filípica contra los estudiantes. En medio de este clima represivo, el CNH convocó el 13 de septiembre a realizar la “manifestación silenciosa”.

Este acto sin palabras constituyó una bofetada moral al poder público. En un ambiente adverso, de persecución y de terror, el movimiento estudiantil hizo esta sorprendente demostración de fuerza. Pero el plan represivo avanzó: el 18 de septiembre la Ciudad Universitaria (CU) fue ocupada por el Ejército y enseguida en la prensa se lanzaron una serie de sucios ataques contra el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, tratando de hacerlo responsable de las protestas estudiantiles; el rector renunció, pero los estudiantes le manifestaron su apoyo. La renuncia no fue aceptada por la Junta de Gobierno. El Ejército se retiró de CU el día 30 de septiembre y, por un momento, pareció que se abría un cauce de esperanza en el conflicto. Pero no fue así.

Dos días después el CNH realizó un mitin en Tlatelolco al que asistieron aproximadamente 10 mil personas; era un acto

pacífico y en él participaban, además de estudiantes, vecinos de los edificios aledaños, familias enteras, mujeres, ancianos, niños. Cuando el mitin se hallaba a la mitad de su desarrollo, fue atacado por policías y soldados. No hubo misericordia alguna. Desde diversos ángulos los militares dispararon sus armas contra la multitud inerme consumando una masacre sin paralelo en la historia de México. Muchas personas murieron, probablemente 200, hubo centenares de heridos y se detuvo a cerca de dos mil personas, entre ellas numerosos líderes del movimiento. Diez días después se inauguraron los XIX Juegos Olímpicos.

La masacre de Tlatelolco fue un golpe brutal que tuvo efectos destructivos sobre el movimiento estudiantil, pero las huelgas se levantaron hasta finales de noviembre y el CNH se autodisolvió el 4 de diciembre. Así terminó el movimiento estudiantil de 1968.

Consecuencias políticas de Tlatelolco

El movimiento estudiantil de 1968 fue muchas cosas: fue juego, fue fiesta, ejercicio de autoafirmación, construcción de la personalidad propia, explosión de libertades, lucha, afecto, sexo, romance, guerra sucia y engaño por parte del Estado –hubo en las filas estudiantiles provocadores, porros, pícaros y vagos–, pero sobre todo esto, el movimiento estudiantil de 1968 fue un movimiento político, ciudadano, que luchó por la libertad y por la democracia.

Fue la política, no el relajo, lo que dio identidad al movimiento, el cual fue para las masas una escuela intensiva de ciudadanía democrática: lo que los ciudadanos aprendieron entre julio y octubre fue que otra sociedad, libre y democrática, era posible.

La reforma democrática del país era necesidad imperiosa y urgente, sin embargo, la matanza del 2 de octubre

acabó con esa escuela de civismo democrático: no modificó los anhelos de cambio, pero quebrantó la fe de muchos jóvenes en la democracia. ¿Cómo creer en la ley y en las instituciones después de este crimen brutal y salvaje? El discurso racional del movimiento estudiantil fue sacudido por la rabia, el agravio, la indignación, el coraje, y en este ambiente de resentimiento social prosperaron en las filas estudiantiles los discursos radicales y antidemocráticos que condujeron, años después, a las guerrillas urbanas.

El conflicto de 1968 creó una situación política inédita. De ese episodio surgió una sociedad dividida, un régimen político cuestionado y una efervescencia política que crecía por toda la sociedad. El movimiento no terminó ese año: en realidad, 1968 desencadenó cientos de movimientos políticos de estudiantes, obreros, campesinos, clases medias, etc., y se desarrollaron preferentemente vías políticas y no políticas: populismo maoísta, obrerismo, feminismo, guerrillas, hippismo, ecologismo, comunas, educación popular, movimientos de acción social por grupos católicos, etcétera. Esta efervescencia política tuvo efectos crecientes y se extendió por todos los rincones del país trastornando la vida nacional.

¿Cómo procesó la clase política la experiencia de 1968?

El gobierno mantuvo, sin modificaciones, su postura de que el movimiento había sido una expresión no mexicana, sino extranjera, un fenómeno artificial gestado por agentes comunistas. Según Díaz Ordaz, en México nada importante había ocurrido en 1968, y él personalmente asumió toda la responsabilidad por la actuación de las fuerzas del orden.

Durante los años postreros del sexenio se impuso la misma línea dura que dirigió la represión en 1968; hubo menos represión, pero el Estado volcó a la policía política, la Dirección Federal de Seguridad (DFS), y al Ejército a la persecución sistemática de los estudiantes y de los militantes de izquierda: hubo espionaje político, acoso, persecución, terror y represión selectiva. Muchos líderes del movimiento fueron procesados ante la justicia acusados de haber sido los culpables directos de la matanza de Tlatelolco.

O sea, las víctimas fueron presentadas ante el público como victimarias de sí mismas.

Se inició una violenta campaña policiaca para amedrentar a los estudiantes detenidos. En esos años se produjeron miles y miles de panfletos y libros dirigidos a distorsionar la memoria del movimiento estudiantil y la persecución obligó a muchos estudiantes a huir o autoexilarse en el extranjero. El 1 de enero de 1970 se perpetró un atentado contra los estudiantes presos en Lecumberri. Pero el descontento social y político seguía creciendo.

Cuando asumió la Presidencia Luis Echeverría –quien fue el personaje que coordinó materialmente la represión contra los estudiantes– las autoridades anunciaron una “apertura democrática”: los líderes estudiantiles presos desde 1968 fueron paulatinamente liberados y se advirtió una tibiamente liberación en los medios de comunicación. Esto no impidió que el 10 de junio de 1971 el presidente Luis Echeverría consumara una nueva masacre de estudiantes. Sin embargo, desde esos años, creo, comenzó a gestarse la idea de que, ante la imposibilidad de acabar con el descontento social a través de la fuerza, había que responder abriendo las vías de la participación política institucional a nuevos partidos, sobre todo aquellos que, se pensaba, representaban a los sectores sociales descontentos.

| Reflexiones finales

El movimiento estudiantil de 1968 convulsionó al país y atrajo, sobre todo, a los sectores medios de la sociedad: profesores universitarios, intelectuales, artistas, empleados públicos, pequeños comerciantes, etcétera. Hizo nacer y madurar en estos sectores la idea de que México debía transitar hacia la democracia. Ésta fue la herencia democrática. Pero las secuelas de Tlatelolco radicalizaron a muchos estudiantes y los condujeron a posiciones revolucionarias, no democráticas, que se desarrollaron en dos direcciones principales: por un lado, la lucha popular que se nutrió en gran parte del maoísmo y, por otro, la lucha armada, que tuvo su auge en la primera mitad de la década de los setenta.

Ambas corrientes tuvieron un enorme poder de atracción entre las masas y fueron también una escuela –con sus respectivas creencias, actitudes, valores y formas de

conducta— que marcó la cultura política nacional. Estas tres influencias, la democrática, la populista-maoísta y la de la violencia armada, configuraron en conjunto lo que más tarde se identificó como la izquierda mexicana y que eventualmente derivó en la creación del Partido de la Revolución Democrática (PRD).

La reforma electoral de 1977 abrió a todos estos sectores la posibilidad de participar en la lucha por el poder a través de partidos políticos. Fue una reconversión profunda: se pasó de la lucha política de base, a ras del suelo, a la lucha política a través de partidos, un cambio de rumbo fundamental.

Por otro lado, la clase política en el poder impulsó la reforma del sistema electoral, suspendió la política represiva y admitió la nueva competencia electoral; pero ella misma nunca cambió sus convicciones y sus prácticas. El PRI siguió siendo el mismo partido de la época autoritaria, con su retórica oficialista, sus prácticas clientelares, sus métodos de coacción del voto, y siguió siendo un partido de organizaciones, nunca se convirtió en un partido de ciudadanos.

En los años siguientes hubo nuevas reformas electorales, se crearon nuevos partidos, se afirmó el pluralismo, se dio una competencia reñida por los puestos de elección

popular; pero yo sostengo que, no obstante todo esto, la cultura política democrática no tuvo un gran desarrollo.

No se formó una vigorosa ciudadanía democrática. Cuando hablo de ciudadanía democrática me refiero a ciudadanos informados, activos, racionales, autónomos, críticos, tolerantes, con una base moral sólida, preocupados por los problemas de su comunidad nacional. Nadie en el sector público se ha preocupado por formar esos ciudadanos, y nunca se ha dado –al menos en la escala que se requiere– la reforma educativa que la democracia necesita.

La izquierda ha exhibido siempre un débil compromiso con la democracia y el Partido Acción Nacional (PAN), que nació comprometido con las ideas democráticas de sus fundadores, perdió de vista esas premisas y se perdió en la dinámica de la competencia electoral *per se*.

Cuando conquistó el poder no impulsó la transformación democrática del Estado, como muchos esperábamos. Obviamente no quiero decir con esto que la democracia mexicana está muerta, pero demanda una rehabilitación.

México no tuvo una transformación política nítida que lo condujera del autoritarismo a la democracia, como hubiera sido deseable. En España, por ejemplo, se transitó de la

dictadura franquista al régimen democrático en un solo año (1978). En ese país hubo un pacto social previo, se gestó una nueva constitución y hubo una reforma del Estado que condujo a la democracia. En México no ocurrió eso.

Los gobernantes mexicanos formados en la escuela autoritaria, no se convirtieron, de repente, en demócratas; no, lo que decidieron en 1978 con sentido pragmático fue simplemente reformar las reglas electorales para asegurar la sobrevivencia del modelo PRI-gobierno. No hubo cambio de ideas y convicciones, su mente siguió atada al viejo autoritarismo; lo que hicieron fue, a lo gatopardo, cambiar para que todo siguiera siendo lo mismo. Por lo mismo, el desarrollo político de México en estos 50 años ha sido híbrido. Se prolongó la degradación del viejo sistema, el PRI siguió activo; al mismo tiempo las libertades se expandieron, hubo numerosas reformas legales que ampliaron los derechos ciudadanos, la sociedad civil aumentó su presencia, la crítica y la disidencia ganaron carta de legitimidad, etcétera.

Pero en estos años también ha habido descomposición moral de la burocracia estatal, incremento exponencial de la violencia civil, crecimiento escandaloso de la pobreza y la desigualdad, de la impunidad, de la injusticia; todo esto,

en conjunto, ha gestado en la población un grave descrédito de la democracia. En este camino se perdió de vista que la democracia no es simplemente un medio, un instrumento, sino, principalmente, un fin, un concepto integral de la convivencia social y política. Es un ideal superior. Sólo recuperando ese ideal podemos pensar que, algún día, México pueda alcanzar su redención.

| **Sobre el autor**

Gilberto Guevara Niebla es escritor, articulista, académico, político, investigador, editor y activista mexicano. Biólogo y maestro en Ciencias por la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México, realizó estudios de posgrado en Sociología de la Educación en la Escuela de Altos Estudios de París, Francia.

Participó en el movimiento estudiantil de 1968, sufrió prisión tres años y un breve exilio en Perú y Chile. Ha sido profesor de secundaria, preparatoria y educación superior, y promotor del sindicalismo universitario. Fue consejero de la Junta de Gobierno del Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación, subsecretario de Educación Básica y coordinador de Estrategia Institucional de la Secretaría de Educación Pública.

Es autor de *La libertad nunca se olvida. Memoria del 68*; *Lecturas para maestros*; *Democracia y educación*; *Introducción a la teoría de la educación* (con P. de Leonardo); *La democracia en la calle: crónica del movimiento estudiantil mexicano*; *La catástrofe silenciosa*; *La rosa de los cambios. Breve historia de la UNAM*; *El saber y el poder*, y *La crisis de la educación superior en México*.

32

Movimiento estudiantil del 68 y la democracia

se terminó de imprimir en noviembre de 2020 en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 195, col. Valle del Sur, Alcaldía Iztapalapa, C.P. 09819, Ciudad de México.

Se utilizaron las familias tipográficas Adobe Acumin Pro, Slate Pro, Meta Pro y Seravek; papel Bond ahuesado cultural de 90 gramos y forros en cartulina Bristol de 240 gramos.

La edición consta de 1,000 ejemplares y estuvo al cuidado de la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica del Instituto Nacional Electoral.

32

 **CONFERENCIAS
MAGISTRALES**



Consulta el catálogo
de publicaciones del INE

 **INE**
Instituto Nacional Electoral